Los Contemporáneos

Núm. 772

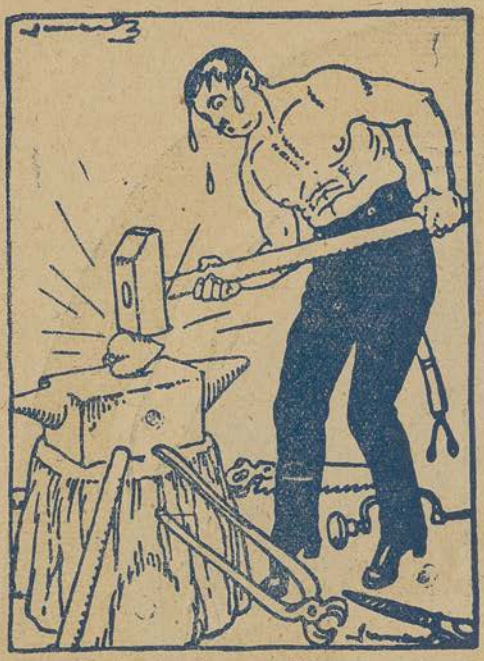
La Tornadiza

NOVELA DE

CARMEN DE BURGOS

"COLOMBINE"

20 Cts.



Debe ser tu corazón
más duro que el pedernal,
pues no siente compasión
viendo la herida mortal
que me causa tu hermosura
desde que usas PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, *Ginesta*, Rosa de Jericó, *Admirable*, Manantial, *Chipre*, Rocío Flor, *Rosa*, Vértigo, *Clavel*, Muguet, *Violeta*, Jazmín. Jabón, 3; Polvos, 4, Loción, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos.—(Sarriá). Barcelona.

SARNA (ROÑA)

Cúrase en diez minutos con el acreditado

SULFURETO CABALLERO

De venta en Farmacias y Droguerías y en el Laboratorio del Autor

Asalto, 56, Farmacia.—BARCELONA

¡Desconfiad de las imitaciones!

UNA SEÑORA

ofrece comunicar GRATUITAMENTE a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D.ª CARMEN T. GARCÍA, Salmerón, 167.—BARCELONA.

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS GUANTES

GÉNEROS DE PUNTO

Elegancia, Surtido y Economía

12, CAPELLANES, 12

Precio fijo

LOS CONTEMPORANEOS

La dirección advierte a los señores colaboradores espontáneos, que agradeciendo mucho la deferencia que para esta publicación representa el envío de sus originales, no mantendrá correspondencia acerca de ellos ni publicará otros trabajos que los solicitados expresamente.

SARNICIDA

INSTANTANEO

"CESAR"

DE EXQUISITO PERFUME

CURA SIN BAÑO RADICALMENTE

LA SARNA

Los Contemporáneos
Año XV.—Núm. 772
8 Noviembre 1923
DIRECTOR: MARIANO GRACIA

Manuel Caporte

La tornadiza

I

Despierta más temprano que de costumbre, a pesar de haber dormido poco, Solange se desperezaba entre las pieles, las batistas y los almohadones que le servían de lecho, mirando al través de la ventana entreabierta un cielo de día tormentoso, en el cual se asemejaba el sol a uno de esos héroes de cinta cinematográfica, siempre perseguidos y luchando con los nubarrones dispuestos a ahogarlo y desgarrados por un protector invisible, pero pronto sustituídos.

Ponía frío en el ánimo el aspecto del cielo y Solange se aovilló como si sintiera en su carne la caricia de un baño tibio.

Entre sus caprichos estaba el de haber suprimido la cama. Se acostaba en el salón, en el tocador, en el comedor, en cualquier parte, puesto que todas las habitaciones podían ser camas según se amontonaban en ellas pieles de oso, de tigre y de león, y tapices de Gobelinos, de Arras o de Esmirna, mezclados con preciosos almohadones.

Aquella mescolanza no daba la sensación de desmarañamiento, porque lo presidía un buen gusto exquisito. Al pie del crucifijo de marfil, obra de un escultor italiano del siglo XV, estaba la pecera de cristal, como pila de agua bendita, donde nadaban lindos pececillos negros, blancos y rosados con los brochazos de oro o plata como un sello sobre la cola.

Era la hora de comenzar Solange su "toilette", la fatigosa ocupación de las que no tienen nada que hacer. El conservar su hermosura, con su piel de nácar, sin una sola tara le costaba inmenso trabajo. Toda la mañana les pertenecía a masagistas, depiladores, dentistas, peluquero, pedicuro y manicura; hasta quedar después del baño perfumada y pulida como un ídolo.

Luego había que emprender la tarea de presentarse en los paseos, en las casas de modas, en los lugares donde es preciso que una mujer a la moda se deje admirar para sostener su rango.

Su marido, a pesar de ser un tanto avaro, no le regateaba el dinero. Los grandes pintores inventaban para ella modelos y se hacía ejecutar exprofeso los tejidos. Buscaba la originalidad en las joyas, en los perfumes, para tener el placer de deslumbrar con su lujo y su belleza; pero Solange no era feliz.

Se había enamorado del gran artista por uno de aquellos caprichos de mujer tornadiza, siempre inquieta e insaciable; y había encontrado medio de hacerle reparar en ella. Una noche le echó al palco escénico, en un ramo de flores, una tarjeta con una frase:

"Donde usted quiera y cuando usted quiera."

Había enamorado de tal manera al

gran actor que éste, aun conociendo las aventuras de su juventud, no había dudado en casarse con ella. El, que había sido en su juventud el terror de padres y maridos, adoraba ahora, en las proximidades de su vejez, a la esposa con un fervor que hacía sonreir a los malévolos, los cuales comenzaban ya a llamarle *la vengadora.*

Pero Solange no era feliz. Deseosa de un culto continuo, soportaba mal la especie de segundo término en que estaba al lado de su marido. La gloria del gran actor lo llenaba todo. Una vez satisfecha su vanidad sentía el vacío al lado del marido viejo, que se preocupaba de sus papeles más que de su mujer.

Solange sentía la necesidad de ser ella admirada como lo era el esposo. No había conocido en la vida, después del engaño de la primera ilusión, un amor que pudiese satisfacer su inquietud. Tenía la seguridad de no haber sido amada jamás verdaderamente, de no haber inspirado más que un amor físico y de no haber sentido más que la satisfacción del egoísmo y de la vanidad.

Se había apoderado de ella un deseo loco de ser artista. Cuando se lo comunicó a su marido, éste soltó una franca carcajada. Lo tomaba como una broma, pero, ante la insistencia, tuvo que ser cruel.

—No basta ser hermosa para ser artista.

Solange guardaba un rencor a su marido y desde entonces se entretenía en el "flirt" con todos los amigos, como si la embriagase el aroma de los deseos que despertaba su belleza.

Entretenía el tiempo con la manía epistolar. Escribía cartas románticas a todos los amigos de su esposo, que se dejaban prender en el placer de la correspondencia con una mujer bonita. Se escribía con músicos, con novelistas y con pintores, lo mismo que con políticos y aristócratas. Su vena romántica y tornadiza se esparcía libremente en esa correspondencia, especie de circular, por como les repetía a todos la frase de "sprit" que se le ocurría al contestarle a uno. Gozaba como si recibiese el folletón de una novela cuando la doncella le pasaba todas las mañanas las cartas timbradas. La distraía la tarea de hallar frases espirituales y de inventar fantasías para timbrar sus papeles, con divisas y dibujos extraños, entre los que no faltaba desde el buho y el papagallo hasta la cabeza de asno que representaba igual sabiduría.

Llegó un día en que el esposo, alarmado, quiso satisfacerla dándole un papel en una obra. Tuvo un éxito de jovencita, de ingénua, de señorita aficionada y bella: Una artista de salón.

Aquello acabó de ponerla furiosa; maldecía del teatro y de los cómicos y gastaba el dinero a manos llenas para lograr que se hablase de ella, de su elegancia, de su talento y de sus caprichos más que de las estrellas de la escena.

Solía lograr a veces esa alegría por sus excentricidades. Un día llamaba la atención con el atrevimiento de su traje; otro, con la comida de un color, en la que vajilla, manteles, cristalería, frutas y dulces eran en la misma gama. Había logrado hacer que se hablase en todas partes de los espejos que llenaban todas las habitaciones, sin darles por eso un tono vanal. Sus espejos eran planchas de acero pulimentadas, donde se destacaban las figuras como en un fondo profundo, con los contornos vagos, como envuelta en un tono gris. Tenía espejos de cristal lechoso, donde se veía toda blanca como una estatua de mármol, y espejos de cristal negro, en cuyo fondo tomaba los colores de la miniatura. Pero el más original era el espejo de cristal morado, con gran marco de plata, en el que se dulcificaba su imagen hasta fundirse como una sombra.

Pero a veces se cansaba de todo aquello y permanecía días enteros en aquella habitación sin muebles, sin "confort", presa de una crisis de misticismo. Tenía temporadas de ayunar, de pasar las tardes en las iglesias, adormecida en la penumbra, como si experimentara el doloroso placer del renunciamiento.

Y de pronto volvía a sus fiestas o a su ansiedad de ser artista. Se unía al marido, le llevaba las cuentas, hacía economías y estudiaba un papel para que le preparara su debut.

Pero bien pronto se cansaba también y se escapaba sola para ir a los "cabarets", a los bailes, a los sitios canallas, donde tenía galanteadores que ponían en su médula un revuelo de pavor cuando se le acercaban.

Aquella noche, en su insomnio, la había atormentado una especie de recapitulación de su vida, y al despertar la acosaba la visión de toda una juventud sacrificada a la vanidad.

—Sí—murmuró, siguiendo el curso de sus pensamientos—. Debe haber en el mundo algo más interesante que todo lo que yo he encontrado hasta ahora.

Al dar una vuelta se vió en el fondo de la plancha de acero y sonrió satisfecha.

—¡Soy hermosa!

Aquella seguridad la consolaba de su vida sin amor. No era por falta de belleza por lo que nadie, ni el mismo marido, había sabido amarla del modo absorbente que ella necesitaba. Quería culto a su belleza en todos los instantes, la admiración continua, la sumisión absoluta para ser feliz.

II

Después del obligado paseo de moda, Solange acudía todas las tardes al modesto cinematógrafo de Montmartre, donde su entrada causaba el efecto de un aumento de luz con su belleza rubia y resplandeciente.

Iba a sentarse en primera fila, experimentando el placer de ser mirada como una gran dama disfrazada, amante de la música. Pero los que componían la orquesta no tardaron en notar que la llevaba allí su interés por uno de los violinistas.

Sus compañeros animaban a Alberto.

—Debes acercarte.

—Ha venido por ti.

—No seas cobarde.

Uno se brindó a ayudarle.

—Yo traeré quien ocupe tu puesto mañana.

—Admirable—aplaudieron los demás—, y si tienes la *bella fortuna*, nos pagarás una cena.

La decepción de Solange fué grande al no ver al músico en su puesto.

Se disponía a salir, cuando lo divisó al extremo del pasillo. Lo miró y creyó notar una sonrisa de triunfador sobre sus labios. Le causó mal efecto; pensó en irse. Tal vez no conservaría la misma impresión cuando le hablase que le producía cuando lo veía tocando el violín, con aquella silueta del brazo levantado sosteniendo el instrumento, la cabeza inclinada, como si escuchase los sonidos, la vista fija e iluminada por la inspiración y, de vez en cuando, ese gesto de los violinistas, gesto de aprovación, de "está bien" que hacen como si se aplaudieran con un aplomo que comunica confianza. ¡Aquella sonrisa era impertinente!

Alberto debió notar el gesto de desagrado, porque se puso serio, enrojeció, tuvo un movimiento como de ir a retirarse, pero las miradas de los compañeros, fijas en él, lo decidieron. Avanzó lentamente y se sentó a

su lado. Tropezó con un extremo de la piel, que ella retiró.

—Perdón, señora—dijo.

Le pareció a Solange que su voz tenía los sonidos armoniosos de su violín. Le contestó con un leve movimiento de cabeza. El se hallaba tímido, confuso. Ella, irritada. Todos aquellos músicos miraban con curiosidad.

Se puso seria, rígida, clavó la mirada en el violinista que suplía a Alberto. Los músicos sonreían, sus miradas parecían empujarle a hablar. El quería hacer un esfuerzo, pero se sentía cohibido, sin fuerza. La veía con su carne de mármol rosa, su mirada lunar, y aquellos cabellos rubios, como si las raíces estuviesen aferradas en algo muy puro, muy noble y se sentía sin fuerzas. Lo invadía un respeto y un enamoramiento. Aquella mujer debía ser una gran señora.

Acabó la representación sin que ella mirara una sola vez ni él dijera una palabra.

Cuando se levantó para salir, él le ayudó a tomar su piel; una piel que Alberto no conocía, pero que debía valer mucho, e impregnada en un perfume delicioso. Se sentía de nuevo intimidado por la gran dama, que le decía secamente:

—Gracias.

Salió detrás de ella. La vió acercarse al coche que esperaba, pero, en lugar de subir, dió una orden al chofer y se alejó a lo largo de la acera. El la siguió sin atreverse a abordarla. De pronto, Solange se paró y, volviéndose resueltamente, le preguntó con voz de enojo:

—¿Le parece a usted bien lo que ha hecho?

—Señora, yo—no sabía qué decir.

—Me ha puesto usted en evidencia delante de todos aquellos hombres de la orquesta, confesándoles que se ha dado usted cuenta de que yo iba allí por simpatía hacia usted.

—Y si no lo hago así, ¿cómo acercarme a usted?

Rió ella de la ingenua confesión; el violinista le seguía pareciendo encantador.

—Deme usted el brazo y seguiremos hablando.

Se apoyó en él y lo envolvió en el perfume que se escapaba de ella.

—¿Es usted francés?

—Sí, señora.

—¿De dónde?

—Nací en Bayona.

—Me explico el tipo de usted y la semejanza con los españoles. Me alegro que sea usted francés.

—¿Por qué?

—No creo que se pueden entender bien dos personas de diferente nacionalidad.

—Yo la adoraría a usted aunque fuese de donde fuese.

—No lo crea. La diferencia de idioma supone diversa modalidad de pensamiento. Impide la compenetración. ¿Quiere usted contestar a mis preguntas?

—¿Qué duda cabe?

—Dígame si es soltero.

—Sí...

—¿Sin ningún lazo que limite su soltería?

—Sin nada que pueda impedirme dedicarle a usted mi vida.

—¡Otra vez! ¡Bien se vé que es usted del mediodía! Exagerado.

—No... lo crea usted. No lo soy. Pero a usted no puede extrañarle mi entusiasmo. ¡Habrá usted despertado tantos!

—No digo que no. Pero una adoración así, tan de repente.

—Era una cosa que yo tampoco creía posible hasta que la he visto a usted. Es usted una mujer diferente de las otras. De luz.

Se sentía halagada. Era el aroma del amor de un ingenuo que hasta entonces no había gozado. Un nuevo aspecto de la vida y del amor se aparecía a sus ojos, despertando su fantasía.

—¿Tiene usted familia?

—Madre y dos hermanos: un varón y una niña. Están en la Provincia, en la casa de labranza que dirige mi hermano. Son labradores.

—¿Y usted

—Me enviaron a estudiar a Toulouse por esa cosa de los padres que no quieren que los hijos sigan en su profesión. Mi padre murió y tuve que dejar mis estudios. Era ya incapaz para volver al campo, inadaptable para aquella vida, inútil para ese trabajo. ¡Si viera usted cuánto he lamentado ese error de los padres que hace a los hijos extraños para ellos!

—¿Hace mucho que está usted en París?

—Cerca de un año. He pasado muy malos días. Ahora me gano la vida tocando en este cine. Han parado en esto mis ilusiones de artista.

Había amargura en su voz. Ella lo miró con ternura.

—¿Con qué soñaba usted?

—Compongo música. Deseaba darme a conocer... Algo imposible.

Se sentía presa en aquel vago sueño.

—Pero ahora — continuó él—, lo doy todo por bien empleado habiéndola conocido a usted.

—¿Cree usted que ha hecho mi conquista?

El se quedó desorientado.

—Sea usted franco, como lo fué con su sonrisa de vencedor al aparecer hoy a mi lado.

—Sí, he sido un fatuo, pero usted me perdonará.

—¿Qué es lo que piensa usted de esta situación tan rara en que nos encontramos?

—Pienso que no le soy a usted indiferente cuando así llega hasta mí, y me siento tan enamorado, tan esclavo, que soy feliz con tenerla cerca y nada más quiero, ni me atrevo a esperar. Es un presente tan intenso, tan lleno de alegría, que no quiero pensar en lo porvenir.

—Tiene usted razón. No le puedo negar que me he sentido atraída hacia usted por una gran simpatía.

—¿Simpatía sólo?

—Digamos amor.

—¿Así? ¿Tan fríamente?

—No sabe usted quién soy.

—A una dama como usted no se le pregunta más que lo que ella quiera decir.

—¿Pero usted qué piensa de mí?

—No me atrevo a pensar nada. Me asusta que es usted como un hada blanca y rubia, espuma de mar y oro, que va a desaparecer.

—¿Tiene usted miedo?

—Sí... yo soy un pobre muchacho... un pobre músico y usted es una gran señora...

—Conquísteme usted.

—No comprendo.

—Lo hallo a usted interesante, creo que podré amarlo, pero es preciso que borre usted de mi mente aquella sonrisa triunfante. No vengo a entregarme a usted, vengo a que me enamore usted. A que seamos novios.

Empezaba a nevar en ligeros copos; los cristalillos prismáticos se quedaban presos en las puntas de los pelos de la piel formando un escarchado ideal. Ella pasó su mano enguantada para deshacerlos.

—La aguardaba a usted un auto y ya usted a pie por mi culpa.

—¡Oh! No impota. Me gusta esta sensación de frescura; yo también me he criado en el campo. Mire, me encuentro tan contenta, tan infantil esta noche, que de buena gana tiraría mi sombrero para que me cayese la nieve en la cabeza... como hacía cuando era niña, creyendo que así me crecería más el cabello, vivificado por el agua, como la mies.

Tal vez por eso tiene su cabello de usted el tono de los trigales maduros.

—Y, sin embargo, no puedo llegar a mi casa hecha una sopa. Es preciso separarnos.

—¿Tiene usted quien la espere?

—Sí.

Guardaron silencio.

—Ve usted cómo ya comienza a preguntarme.

—Perdóneme... Debo parecerle a usted tonto... Pero no me atrevo a nada... Si usted quisiera, entraríamos en un café.

—Es la hora de la comida.

—Sería tan feliz invitándola.

—¿Por qué no lo hace usted?

—Le he confesado mi pobreza.

—Convidaré yo.

El joven hizo un movimiento brusco y contestó con un acento de indignación y energía.

—¡Eso nunca!

—Entonces, no hay remedio.

—Sólo el que usted descendiera hasta los modestos sitios donde yo como.

—Aceptado.

Alberto iba preocupado mirando los pobres restaurantes. Ella lo adivinó.

—Tendría capricho de comer aquí —dijo.

Entraron en el pequeño local. Unas sillas de anea, unas mesas desvencijadas.

Acudió una mujer gorda, con delantal que se hundía y le marcaba la barriga.

Sacudió con la mano el papel manchoso que cubría la mesa, dejando caer las migas sobre ellos, y después preguntó:

—¿Quieren servilleta?

—Sí.

Aquel era un supremo lujo, había que pagar treinta céntimos por cada una.

La mujer se fijó en Solange y conoció la clase de mujer que era. Debió tomarla por una señora caprichosa, y se apresuró a traer un mantel limpio. A Solange le halagaba el papel de Princesa de Incógnito.

Pronto estuvo la mesa cubierta, con los vasos de vidrio grueso, la botella de vino peleón, los cubiertos de lata, y el salero polvoriento. La mujer llevó dos pedazos de pan, cortados de una enorme barra; y los platos, en los que se iba bañando los dedos, de un consomé negruzco, parecido a esa calandraca que hacen los marinos hambrientos con cuscurros y galletas. Solange comía encontrando todos los bodrios exquisitos. Recordaba, después de tantos años, su vida de bohemia, su vida canalla, y volvía a ser la muchachita alegre y afable de antes de su matrimonio. Se rejuvenecía.

Se iba olvidando de todo. El amor ponía sed en su garganta. Bebía con delicia el peleón, la cena se animaba. Cuando les sirvieron la carne ya se hablaban de tú y se llamaban Solange y Alberto. A los postres se estrechaban las manos con un amartelamiento que hizo sonreír a la vieja cuando le pidieron la cuenta.

Salieron estrechándose el uno contra el otro; él dejaba oír una especie de chacoloteo sobre la nieve. Ella se fijó en que no llevaba tampoco abrigo y lo envolvió en un extremo de la larga piel, como si lo amarrase a ella.

Iban así enlazados, besándose y mezclando los alientos. Ella, embriagada, olvidada de todo, enloquecida con la excitación de su fantasía. El, mareado, sin más noción de la realidad que el encanto del perfume, de las suavidades que se escapaban de su cuerpo.

—Vente conmigo—suplicó.

Ella vaciló. Pero vencía su voluntad de mantener el idilio.

—Es imposible.

—Dime quién eres y dónde vives. ¿Donde vas, quién te espera? Te amo de una manera que esas preguntas incontestadas me van a volver loco.

—Piensa sólo en que yo te amo también y que mañana te esperaré en un coche a la puerta del cine.

III

Tenía la noche una placidez silenciosa y blanda, que parecía apagar y dominar la influencia de la vida tumultuosa en la gran población. Con la noche, el campo entraba en la ciudad, se adueñaba de ella, parecía que llegaban, envueltos en la sombra, los grandes bosques, los grandes pinares, que se asomaban curiosos de ver los boulevards y esparcían su olor de selva por todas partes. Solange se apoyaba, negligentemente, en el brazo de Alberto. Llevaba ya un mes de gozar aquel idilio de las noches plácidas del comienzo del otoño en París, de aquellas noches de Septiembre, claras, sin perder su palidez y su melancolía. Del conjunto de muchas ciudades, que era la gran ciudad, ella había elegido aquella, que tiene sus fronteras desde el observatorio del Quai Voltaire, limitando sus laterales el *Boul'Mich* y la rue de Rennes.

Se sentía cada vez más enamorada. Alberto era alto, moreno, con una morenez argelina y un cabello tan negro que tenía los reflejos azules de las alas del cuervo.

En su imaginación ardiente y fantástica, acariciaba el goce de la conquista romántica, del despertar del amor de Alberto, cuya ingenuidad la seducía.

Estaba gozando un verdadero idilio. Resistía al amor de Alberto por probar un placer que hasta entonces no había conocido: el placer de resistir.

—Eres mi novio; nada más que mi novio; y es así como yo te adoro—le decía.

—¿Pero nos vamos a pasar la vida así?—le respondía él.

—No.

—¿Entonces?

—Yo seré tuya un día.

—¿Cuándo?

—Cuando menos lo pienses. Cuando yo misma no lo sepa. Sin preparar las flores de azahar.

A veces, él preguntaba ansioso.

—¿Ya?

Y ella le respondía riendo, con el deseo de prolongar la espera encantadora.

—Aún no...

—¿Es que no me amas todavía lo bastante?

—Es que te amo demasiado.

Se engolfaban en una conversación en la que el uno al otro trataban de convencerse de lo que ya estaban convencidos.

Por nada del mundo hubiera Solange cambiado aquellas noches. Alberto se había dado cuenta de qué clase de mujer era y se adaptaba a sus caprichos con la docilidad de los enamorados.

Eran deliciosos sus paseos por las calles que parecían desiertas y silenciosas a esa hora. El pavimento, siempre brillante, como regado o llovido, tenía ese espejeo del asfalto, en el que se reflejaba en regueros la luz de los faroles y de los grandes focos.

Solían llegar algunas noches hasta la Cité, a contemplar la multitud de figuras de piedra que vivían entre el boscaje de la ornamentación de Notre Dame, defendidas por las aterradoras quimeras y monstruos.

—Vámonos de aquí Desde que leí *Notre Dame*, le tengo un miedo terrible a este sitio. Me creo que voy a ver la cueva de la mendiga y presenciar el suplicio de la pobre Esmeralda. Si pienso en eso, me causan asco y desprecio los hombres...

—¿Y el pobre Quasimodo?

—A ese le tengo más miedo aún,

y... ¿Lo creerás? Me parece que no ha muerto; que vive convertido en una gran araña en lo alto de la torre y puede caer sobre nosotros, deslizándose por una de esas cuerdas invisibles, como hacen todas las arañas cuando algún sonido las atrae.

El se reía. Iban hacia la plaza Dofine, donde evocaban aquellas exposiciones de cuadros al aire libre, poblando la gran plaza de damitas vestidas con sus *paniers* y sus altos tocados. Los taconcitos altos y rojos, que las sostenían gracias al apoyo de las sombrillas, y las graciosas caritas rodeadas de los bobalicones tirabuzones ingleses.

Allí estaba la *lunetiera*, la linda Manon Filipon, alegre, bella.

Debía ser de cuerpo y de gracia como tú—le decía—; la he visto en una miniatura, y se te parece.

Los ganaba el culto del recuerdo de la graciosa francesita que escaló tan alto puesto en la sociedad francesa, subiendo hasta la guillotina.

Buscaban sus recuerdos por todas partes. Los palacios y las casas donde moró, la prisión en el Luxemburgo. Y en esas excursiones les salían otras sombras al paso.

Unas noches, al cruzar por San Sulpicio, la maciza y barroca iglesia, que siempre le causaba miedo a Solange, porque le parecía el sitio más a propósito para las emboscadas, él le hablaba de Candorcet, escondido en la calle solitaria y triste, por donde ella no quería pasar, y de donde lo echaron los amigos para que se viera en la necesidad de suicidarse.

—Mira—decía ella otras veces—, por aquí siguió el cortejo de la boda de Lucía y Camilo Desmoulin... Los aclamaba todo el pueblo, que pocos días después los acompañó al suplicio.

Llegaban a aquel trozo de final de la rue de l'Odeon, donde todo hablaba de Danton; más allá estaba el primer restaurante de París, el "Procopio". Entraban a tomar café para seguir la evocación de los artistas, de los políticos que habían estado allí.

—Nos rodea todo el pasado—decía él—. Murat tuvo aquí en frente la imprenta. En ese patio próximo ensayaba su aparato Mr. de Guillotin...

—¡Oh! Todo esto es lúgubre, triste, y, sin embargo, nos atrae. ¿Será verdad que queda algo del espíritu de los muertos en los lugares en que han vivido?

—Quizá sea eso.

Se estrechaba contra él como si se la entregase la idea de la muerte, y se besaban en medio de las calles tan oscuras, con la negrura de sus piedras en aquel sombrío recodo donde existió la fantástica *Torre de Nesle*.

—Me gustaría encontrarme a Margarita de Borgoña. Era una mujer resuelta.

—Pues no pasaremos más por aquí.

Llegaban al parapeto del Sena. Lo veían correr tan lento, tan manso, con su aspecto de agua sucia; miraban en su fondo esperando ver pasar un cadáver, como si el Sena fuese el encargado de arrastrar los cuerpos de los asesinados, igual que los ríos escandinavos acarrean las maderas de los árboles que se cortan.

Parecía que debía haber siempre asesinatos y citas misteriosas en la noche del Sena.

De pronto, con su volubilidad, Solange soltó la carcajada y dijo señalando la estatua.

—¿Ves? Parece que Voltaire ha dejado su gravedad de filósofo y se recoge la falda para marcar su paso de baile.

Cada día le costaba a Solange más trabajo separarse de su amante, para volver a su casa, que le parecía triste como una prisión. Gozaba el encanto de la noche, chapoteando con sus zapatitos de seda en el asfalto brillante, mojado en la luz, alrededor de los jardines del Luxemburgo, tan cono-

cidos que se le aparecían entre la sombra. Cuando pasaban al lado de la verja cerrada creía que le hablaban en el interior, que allí, en la oscuridad, paseaban las estatuas de los poetas y las reinas, dueños absolutos de sus flores, contándose sus amores y sus ansias.

Pero Alberto, a pesar de su dicha, estaba preocupado. Era para él difícil costear el gasto de convidar a Solange, la cual hallaba medio de escapar de su casa todos los días.

—Tienes que dejarme que te convide yo—decía ella.

—No quiero.

—Pues son una tontería y esas etiquetas, nos condenas a comer mal.

—Soy pobre.

—Eres orgulloso.

—¡No me quieres!

—Ya sabes que sí. Y si me dejas convidarte probarás una cosa que no has probado jamás.

—¿Qué?

El Champagne en la taza de mi boca.

¡Beber el sorbo de champagne, tibio, en el beso de la boca de Solange!

Alberto accedió. A esa concesión siguieron otras. Ya era ella la que lo invitaba siempre a los grandes restaurantes. Se gozaba, sin dárselo a entender, de la sorpresa de Alberto al vislumbrar aquella vida elegante.

Encontraban a veces gentes que los conocían. Cuando eran amigos suyos, se quedaba confuso, un poco avergonzado; si eran amigas de ella, Solange saludaba con aplomo y desfachatez.

—Lo único que me compromete—le confesó un día—es que vayas vestido así; déjame que te compre un traje.

Desde el sastre, donde no le encargó un solo traje sino un equipo completo, Solange le hizo ir a casa del camisero.

—Aunque te parezca que no, la ropa interior se adivina al través del vestido. Tiene un *chic*, una soltura, una gracia especial. Yo te diría quién lleva seda o algodón.

—Perdóname que no pueda resistir tu perfume—le dijo otro día—. Es preciso que te compres perfumes buenos. Déjame que yo te los regale.

—Que sea el mismo que usas tú.

—De ningún modo. Creerías tenerme contigo, y yo quiero que me eches de menos. Además, quiero que lleves un perfume de hombre, especial, tuyo, que yo *huela a ti*.

Les costó trabajo encontrar aquel perfume, árabe, excitante, que adoptaron, al fin, después de recorrer todas las tiendas más elegantes de París.

Solange veía apenas a su marido; él iba todas las mañanas a despertarla. La besaba, como el que coge las flores frescas de rocío. Así recogía su frescura y su encanto cada mañana.

—Vienes cuando estoy impresentable—decía ella.

—Cuando estás más encantadora.

—No; yo no comprendo la mañana. Le tengo odio al sol con esa luz tan cruda, tan deslumbrante. No es distinguida esa luz. En París, donde él procura ser más elegante y atenúa un poco su brillantez, me levanto por la tarde. En Nápoles o Andalucía, no me levantaría hasta la noche.

Para él, que madrugaba y a aquella hora había hecho su toilette y dado su paseo, era la hora idílica. No se daba cuenta del sueño y la pereza, que hacía del amor un juego, una distracción agradable para dormirse en sus brazos, como remate de su día.

Los dos esposos almorzaban casi siempre juntos. Después, ya no se podía contar con él, entregado por entero a su arte.

A favor de aquellas costumbres, Solange tenía tiempo de pasar las tardes con Alberto.

Iba a reunirse con él en el cuartito que habían alquilado para sus amores.

El tuvo que ceder a que ella le decorase y arreglara a su gusto.

—No me puedes exigir—le decía—que yo me hiele de frío o me acueste en una de esas horribles camas de todos que nos dan en los hoteles amueblados.

El, que pensaba morir de felicidad viéndola a su lado, cubierta de sedas y de joyas que avaloraban su belleza de ídolo, cedía a todo. Estaba deslumbrado. Era la primera vez que se acercaba a él una mujer como aquella.

Sentía una embriaguez de héroe de novela o de cuento de hadas. Se había cambiado su vida, su modo de pensar, su moral y su alma, entregado todo por entero a Solange, la mujer de nácar y oro.

Ella seguía su obra de desmoralizar a Alberto, de acostumbrarlo a aceptar sus dádivas. Le compraba pañuelos, calzoncillos de seda, corbatas, calcetines, tabaco. Al fin, llegó a darle dinero para sus gastos.

Ante las protestas débiles, pero continuas del joven, le dijo:

—En tu mano está el solucionarlo todo. Deja ese empleo ridículo y compón música. Yo atenderé a tus necesidades y luego me lo pagarás todo.

De aquella manera artificiosa se había apoderado de toda la vida de Alberto, y lo esclavizaba a su capricho.

IV

Alberto seguía paseando lentamente por aquella avenida romántica de "La Bagatelle"; era el lugar de sus citas de la mañana. Siempre que su marido estaba ausente, Solange le dedicaba a su amante la mañana. Tenía un placer especial en dedicarle aquellas horas que eran las de su marido. Así, lo engañaba más. Las hojas de los rosales, sequerosas, mustias, pasaban del amarillo al rojo, con un medio tono broncíneo, requemado, viejo. En algunas ramas había rosas fosilizadas, que parecían de papel, ajadas y marchitas.

Los tallos, en los que dormía la savia, formaban arcos como si fuesen alambres pintados de verde, completamente lisos, desprovistos de ramas.

Y caía un sol pálido, que no llegaba a esclarecer el cielo, de un intenso y limpio azul angélico, en el que parecía que el frío dejó cuajado algo de la pasada noche.

La escarcha derretida había lavado los festones de boj, y el suelo, sequeroso, tenía una blancura hornagada, extraña, que parecía más bien debida al ardor del sol que a la quemadura del hielo.

Se le hacía larga e incomprensible la espera. Solange no llegaba. Iba, impaciente, de un lado a otro, dando vueltas, sin atreverse a alejarse, temiendo no verla llegar. Tenía pensamientos absurdos.

—¡Acaso ha pasado por aquí y no me ha visto! ¡Acaso no la he visto yo!

Se pasaba la mano por los ojos como un cegarrito. En otras, su amor le hacía sufrir una angustia inmensa.

—¿Le habrá sucedido algo? ¿Estará enferma? ¿No vendrá?

El único pensamiento que no osaba delinearse con claridad era el que más le atormentaba. "¿Habría dejado de amarle?" Aquella era la mayor inquietud.

Avanzaba el día, sin más medida que el reloj, porque las nubes habían vencido aquel sol enfermizo, ocultándolo detrás de las manchas blancas, de sus vapores cenizosos.

Un sombrero, un vestido de mujer, visto a lo lejos, le hacía latir el corazón creyendo que fuese ella, puesto que por el traje, variado continuamente, no la podía reconocer. Pero advertía a distancia que no era, por

el porte, el andar, los movimientos. No miraba siquiera a aquellas mujeres cuando se le acercaban.

Sentía lástima por los hombres y las mujeres que pasaban solos, como él, viéndose visiblemente que aguardaban; y sentía envidia y una rabia loca al verlos irse, ufanos y alegres, reunidos a los que esperaban.

Algunas mujeres, cansadas de esperar, se habían ido solas. *Ellos* no habían llegado; pero *ellas* eran más fieles y consecuentes, vinieron todas, todas menos Solange.

Miraba al cielo, para ver si se acusaba, bajo el toldo gris, el disco de acero, apagado y frío, pero no había nada que denunciase al sol más que la luz cernida, difusa. El cielo estaba cercano, la tierra aterida, y aquella prematura cara de invierno del día otoñal lo hacía más triste, más desesperado. Alberto sentía algo del temor de los que esperan en el puerto, con miedo de no ver llegar al viajero que va en el barco sorprendido por la bruma.

Pasaban parejas amarteladas, dichosas; tan sumergidas en un ensueño de felicidad que debían ver el sol en el cielo y la tierra cubierta de flores, por el milagro de la primavera que llevaban en el alma.

Algunas reían y jugueteaban con la risa importuna que disonaba del silencio plácido y del día triste. Era la carcajada allí una nota discorde, imprudente, que rompía la religiosidad de comulgantes que el ambiente estableció para sus fieles.

Cansado de mirar al cielo, a los árboles y a las estatuas, Alberto empezó a mirar a las personas, no ya con aquella indiferencia con que las había visto pasar, siluetas sin valor, sino atentamente.

Sin darse cuenta se había grabado en él todo lo que le rodeaba; hubiera podido, luego, dibujar de memoria el paisaje, con los menores detalles: el desconchado de un muro, la mancha patinosa del brocatel de las estatuas, el moho de una piedra... Los detalles del camino; los grupos de hierbecillas escapadas al jardinero. Todas las ramas, los tallos, las raíces que salían a la superficie y se veían hincándose en la tierra, como manos que se encrispan y se aferran. Conocía los paseos con las arenas, las piedrecillas que sobresalían, las acequias que llevan el agua, el árbol en cuyo tronco se encaramó burlón un trébol amarillo, el tronco donde apareció una hijuela.

Miró las personas, tratando de adivinar las historias de cada uno. Allí, a aquella hora, con aquel día, no debía haber más que enamorados. Sin querer, comparaba a todas las mujeres con Solange. Pasaban ágiles jovencillas, que le parecían poco distinguidas; mujeres esbeltas de largas piernas, que no tenían su gracia; morenas, que no competían con su cabello rubio y sus ojos cerúleos.

Encontraba ridículas a las mujeres que venían con perritos. Unas llevaban sus *lulús* en brazos, otras iban seguidas de feos *Carlinos* de pelos cortos y cabeza aplastada, y entre toda aquella cáfila no faltaban algunas con el perro lobo, el perro *Renart* y hasta los terribles *toro perro*, los *Bulldog*, sujetos con su cadenita.

No podía resistir la afición a los perros en las mujeres, le parecía una infidelidad a los hombres. Le hubiera dado un mordisco en la nuca a aquella mujer blanca, sentada delante de él, que bajaba la cabeza para besar el hociquillo de su *kyky*.

Se levantó de allí para librarse del arrechucho.

Tenía a veces celos de los hombres, de los jovencitos bellos, morenos. Ella le había dicho que le gustaba el tipo moreno. ¿Los miraría si estuviese allí? Sentía, entonces, la procacidad de los hombres, la eterna ocupación de amadores sin amor, viendo aquellos barbilindos rucios, que aun acom-

pañaban bellas mujeres y jovencitas.

Los jardineros limpiaban la braña y ponían a las plantas recién nuevas las bohordas que las habían de sostener. Uno, subido en una escalerilla portátil, podaba con sus grandes tijeras las ramas sequerizas de los rosales entonando entre-dientes una vieja cantinela.

Se sentía enfermo; aquella larga espera lo oprimía, tenía el cerebro vacío. Se dejó caer en un banco, ya vencido, cabizbajo, sin saber qué partido tomar. Permaneció así mucho tiempo; se fueron todas las parejas mañaneras, el lindo jardín romántico se quedó solo, y él permanecía sin moverse. Algunos guardas lo miraban ya con recelo. Era un loco, tal vez un suicida.

Empezó a llegar la concurrencia más vulgar de la tarde; aparecieron nodrizas y niñeras; mamás burguesas, niñas que van a pasear y mujeres que se llevan su labor para disfrutar del medio día.

Entonces se dió cuenta de la hora que era. Las nubes se habían desvanecido y el sol brillaba en un cielo de un fuerte azul cobalto.

Se sentía desrengado, desriñonado, por aquel disgusto. ¿Dónde encontrarla? Si ella había tenido un capricho y se había alejado de él, ¿cómo podría ya nunca acercarse y hablarle? Desesperado, sin saber qué hacía, se fué hacia la casa de Solange. Pasó varias veces ante el gran portalón de uno de esos patios de París, que, con fachada de casa, son una especie de patio de aldea lleno de magníficos edificios. Entró. Enfrente estaba el bello palacete del siglo XVIII, cerrado todo, ventanas, puertas, con un aspecto de deshabitado.

Se apostó enfrente, en acecho, sin atreverse a llamar y con el pánico de que Solange no estuviera ya allí.

Vió varias veces descorrerse los visillos de una ventana alta como si alguien también lo espiase a él desde allí. ¿Sería Solange? La discreción le ordenaba no mostrarse y se alejó.

Vagó por las calles, entró en varios cafés, leyó periódicos... sin enterarse de lo que decían y, al fin se dirigió a su morada.

Preguntó, disimulando su angustia, a la portera si había algún recado para él. La contestación fué negativa.

Subió. Allí no había nada que acusase el que Solange hubiese estado durante su ausencia, como otros días que iba y le dejaba unas flores y unas líneas. ¿Qué podría hacer él? Se veía pequeño, pobre. Le parecía que sucedía lo que fatalmente tenía que suceder cuando ella viese claro. Tan inferior a ella se sentía. Le dolía la cabeza. Recordó que no había comido; puso agua en su cacharro eléctrico, lo enchufó, y mientras se calentaba, preparó la cafetera para tomar su café bien cargado.

La puerta de entrada se abrió. Era Solange. Estaba seguro; sólo ella tenía la llave. Además, la delataban ya, no sólo el frufruar de sus faldas y el perfume que la precedía, sino los latidos de su corazón.

Hizo un esfuerzo, quería recibirla con seriedad, dejarle sentir su enojo, que supiese que no se podía jugar así al balón con su alma; pero su amor se sobrepuso y corrió a la puerta, con las manos tendidas, exclamando:

—¡Al fin!

Esas dos palabras condensaban todo su día de amargura, de tormento; todo el poema de su amor.

Pero Solange venía pálida, demudada. Se dejó caer en una silla, sus dientes castañeteaban y sus manos ardían. Las dos crenchas de oro de sus cabellos caían revueltas sobre sus hombros.

—¡Solange! ¡Alma mía! ¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

Ella se rehizo, le echó los brazos al cuello y le murmuró, rozándole los oídos con el carmesí de sus labios.

—Alberto, amor mío, acabo de se-

pararme de mi marido para siempre.

El tembló; no podría decir si sólo de alegría; pero su amor volvió a imponerse.

—Mía, mía sólo—balbuceó.

—Sí.

—Pero, ¿estás enferma, qué te ha pasado?

—¡Oh! Ha sido una escena terrible... Me quería asesinar... lo sabe todo... Tu amor me ha dado fuerzas. Pero me daba mucha lástima de él. ¡Sufría tanto! Te ruego que no me preguntes jamás nada de todo esto. Me divorciaré y nos casaremos. Comencemos una vida nueva.

V

Refugiada Solange en aquel pisito, alegre y claro, jugaba a la niña enamorada, con la misma buena fe y la convicción que ponía siempre en todas sus cosas.

Vivía idílicamente, sin más servidumbre que una criada.

No ocultaba su pasión por Alberto, al que presentaba a todas sus amistades, diciendo, con admirable sencillez:

—Mi novio.

Pero representaba la comedia de la mujer austera, intachable, que no quiere caer en un amor impuro, sino dignificarse con el matrimonio.

De esa manera inclinaba en favor suyo la opinión de las señoras, que se solidarizaban con la esposa oprimida. Aunque se lo ocultara a Alberto, para salvar su amor propio, todos sabían que el actor, advertido de lo que sucedía por anónimos de mujer, en los que ella veía una mano vengativa, había puesto a su esposa en la puerta de la calle, sin más consideración que hubiese tenido para despedir a una criada infiel.

Fueron los mismos servidores de Solange los que no la dejaron pasar de la escalera.

Se sentía tan humillada, tan destrozada por el ridículo, que no se atrevía a presentarse en ninguna parte.

Se indignaba de no haber sido más lista para haber pedido antes su divorcio sin sufrir aquella humillación. Perdía aquel cetro de la moda que tanto la envanecía al perder al marido. Sin querer confesarse su pesar se aferraba a la fantasía para vivir la novela de amor humilde que deseó siendo poderosa.

Se refugiaba así en el cariño romántico de Alberto, llegando a persuadirse de que, voluntariamente, lo había dejado todo por él.

Uno de esos grupos de mujeres dispuestas a solidarizarse con las de su sexo la rodeaba. Se olvidaba su pasado con esa rapidez con que se olvida todo en las grandes ciudades. Suscitaba la admiración aquella mujer bella, dictadora de caprichos, cortejada por los hombres más célebres, escribiéndose con los grandes políticos y los grandes artistas cartas, que se habían hecho públicas, llenas de gracia y discreteos. De pronto, esa mujer se encuentra al pobre músico de cinematógrafo y, herida de amor casto y verdadero, lo abandona heroicamente todo.

Así, Solange tenía más amigas que nunca, pero ella se aburría en aquel círculo femenino y, sin darse cuenta, tiranizaba a Alberto, haciéndole ocuparse de ella continuamente. Había hecho del joven, además de su amante, su recadero y su cocota. Jugaba a la burguesita, pero sin dejar de ser la gran dama.

Comían juntos, en la pequeña mesa, servida por una sola criada, pero en la que servían aves, peces,

mariscos y los dulces y vinos más exquisitos ¡hasta embriagarse de ellos y de amor!

El le servía de doncella. Adoraba hasta enloquecer aquel bello cuerpo albirrosa cubierto de batistas y de encajes tan finos que se irisaban con las tonalidades de su carse.

El había aprendido los secretos de tocador, conocía las mezclas sorprendentes de perfumes de Coty o de Houbigant. Aquellas mezclas de "El Buen Tiempo Viejo" con "La Hora Azul" y de las "Rosas de Francia" o las "Rosas de Jaqueminot" con el "Perfume del Harem" con el "Nardo Indio" o con el "Ambar de las Pagodas".

Lo había convertido para ella en una especie de servidor dedicado. Le hacía todas las compras, todos los recados y hasta los menesteres de la casa.

Pasaban la mayor parte del tiempo juntos. El, tratando de componer una partitura, sin inspiración ni gana, enervado por la pasión. Ella, pasando del bastidor, sobre el que daba media docena de puntos en una tapicería, a tomar la almohadilla y picar unas cuantas mallas de encaje, para dejarlo también y hojear una novela o un periódico de modas.

Trataba de leer y de bordar, sin hacer ni lo uno ni lo otro; iba de la maceta en donde cuidaba una camelia a la jaula del canario, esponjadizo y espelechando, con aquel frío, al que le ofrecía azúcar, o su propio dedo, gozándose en el ligero dolor del picotazo.

La mayor parte de las veces tomaba su gatita de Angora en la falda y dormitaba, pasándole la mano por entre la sedosa piel.

No encontraban qué decirse. Estaban realmente cansados, aburridos, presos en la vida que ellos se habían creado. Alberto, adorándola, sentía la necesidad de salir, de esparcirse, de verse con sus amigos, en libertad.

Solange necesitaba hacer su vida, buscarse sus distracciones habituales en el teatro, los paseos y las reuniones. Pero no se atrevían a confesárselo temiendo desagradarse. Se necesitaban. Los unían los latigazos poderosos de un amor carnal, y esperándolos soportaban las largas horas, invadidos de tedio, en las que no tenían nada que decirse.

Alberto no se atrevió a oponerse al capricho de Solange que se obstinaba en querer ir con él a su país natal.

—No se tienen allí las comodidades a que estás acostumbrada—decía Alberto.

—Es indiferente, la falta de confort será un nuevo encanto.

—Pero reflexiona que tendremos que vivir con mis hermanos y mi madre.

—Mejor. Estoy ansiosa de familia, de cariño.

—Es que...

No se atrevía a desenvolver su pensamiento.

—¿Temes que no me reciban bien?

—No es eso, Solange. Es que son pobres gentes que no tienen nuestras ideas ni nuestras costumbres.

—Eso no importa. Estoy cansada de formulismos y falsedades. Quiero corazón. Sinceridad.

—Quisiera que me comprendieras sin molestarte. Es que para las sencillas aldeanas, es demasiado fuerte recibir a una dama en compañía de su hijo, sin estar casados.

—¡Ah! Sí, te comprendo. Te avergüenzas de mí allí.

—No es eso, Solange.

—No tengo yo la culpa de no estar ya casados.

—Ya falta poco; ten paciencia.

—Pero, entre tanto, estoy en entredicho. Me crees indigna de ir bajo tu techo.

—¿Quién piensa tal cosa?

—De no ser así me hubieras presentado como tu novia.

—Lo haré como quieras.

—Ya es tarde, no quiero ir. Quiero morirme.

Costó no poco trabajo calmar a Solange.

Al fin, se convino en que Alberto iría delante a prepararlo todo.

En verdad que el joven había tenido razón. La entrevista con su madre fué borrascosa. La zafia aldeana se negaba a consentir que su hijo se casara con cualquier señoritinga de París.

—Una de esas busconas a caza de marido—le decía, dejando escapar el odio hacia la desconocida que le iba a quitar, con su hijo, la esperanza de ser dueña de su fortuna, porque la pobre mujer estaba segura de que Alberto era un genio y había de ganar millones.

Se vió precisado a revelárselo todo: su pobreza, sus días de hambre, su porvenir escaso y la suerte que tuvo en hallar a Solange.

—Es una millonaria, madre, una millonaria—le dijo—que ha desdeñado a su esposo por mí.

La mujer pareció resignarse después de tomar informes de la fortuna de la futura nuera, aunque de mala gana y murmurando con pena.

—Pobre hijo, mal empleado con una divorciada.

El hermano casado y la cuñada fueron aún más severos.

—Esa señora tiene costumbres demasiado libres cuando se va así a casa del novio antes de casarse.

—Eso, en París no tiene importancia.

—Aquí no estamos en París.

—He sido yo quien le he rogado que venga aquí. No es culpa suya que no estemos casados, hay que esperar que se falle el divorcio.

—Pues digas lo que quieras, yo no encuentro bien eso en nuestra casa. Vamos a dar qué decir.

—Será lo que querráis, pero reflexiona que Solange es rica, generosa, y lo primero que hará será comprarte un buen apero de labranza.

—¿Te burlas?

—Hablo en serio... y una yunta.

Intervino la esposa.

—No hay que ser tan intransigente si él la mira como su mujer y se van a casar.

—Sí—siguió Alberto, que conocía la psicología de los suyos—; y ahora, antes que venga, hay que arreglar la casa para recibirla... hacer obra.

—¿Con qué dinero?

—Con el suyo. Van a empezar a llegar muebles.

—Para llevártelos después.

—Nada de eso... Os quedaréis con ellos.

—¿Pero tan rica es?

—Millonaria.

Quedó decidido que enviarían fuera a la hermana pequeña, a casa de un tío suyo, y recibirían a Solange con los honores de prometida de Alberto.

Pero toda la familia era hostil a la joven. Cuando se recibían las cartas de color, perfumadas, con ostentosos sellos de lacre, las miraban con desconfianza y recelo.

Gracias que Alberto siempre al leerlas les daba recuerdos de su prometida y extraía de ellas billetes de Banco, de sumas que los asombraban. El joven dió dinero a todos, no sólo para comprar el apero, sino para hacerse ropa nueva, arreglar la casa de un modo conveniente. Cuando empezaron a llegar muebles y tapices la vieja estaba desconcertada.

—¡Baño y todo! ¡Pues ni que fuera una reina!

—¿Y todo esto nos lo va a dejar?—preguntaba otras veces con recelo.

La primera entrevista no suavizó las asperezas; a pesar de disimularlo, el efecto fué deplorable.

La madre y la cuñada de Alberto sintieron por Solange una antipatía rayana al odio. Las insultaba con el

contraste, la belleza delicada de la joven.

—Esta mujer tan blanca y tan rubia no parece de carne—dijo la cuñana.

Y la madre añadió:

—Es una cosa inconsistente, falsa. Yo no sé dónde tiene el gusto mi Alberto.

Por su parte Solange, a pesar de su buena disposición, no pudo evitar un movimiento de repulsión, de antipatía, al ver a la familia. No le repugnaba su pobreza, porque Alberto había tenido buen cuidado de que todo estuviese limpio y de que las dos mujeres aparecieran vestidas como buenas señoras provincianas, sino por la expresión de sus rostros. La futura suegra tenía el aspecto receloso, desconfiado y ruin de la aldeana. Aquella mujer alta, seca, angulosa, que se cuneaba al andar, con la nariz de gancho, los cabellos canos y los ojos sin pestañas, en cuyo fondo brillaban dos gotas de tinta, tan negra como las pupilas del hijo, le causaba aversión.

Cada día que pasaba dejaba notar más la falsedad de sus halagos y sus caricias. Se veía el esfuerzo que realizaban para mantenerse a tono.

Todos los modales de Solange, sus movimientos y sus gustos, los molestaban, los hallaban ridículos, les parecía que la joven era de otra casta distinta de la suya. Una raza blanca, tan despeciable en su blancura como una raza negra o roja.

Se daba el caso de que la suegra y la nuera, que se peleaban antes constantemente, se habían unido ahora frente a la otra, con el instinto de defensa, en la lucha de clases.

Las dos se entretenían en criticarla.

—Valiente gata—comentaba la madre al verla salir lánguidamente apoyada en el brazo de Alberto, con su sombrilla de seda amarilla—. Yo no sé cómo mi hijo va a tener el valor de soportarla.

—Como no sea que con el caldero viejo haga luego uno nuevo—decía la otra, cuyo odio hacia la futura cuñada había aumentado desde que su marido confesó que la hallaba bonita.

Por más que Solange se esforzase por acercarse a ellas, las separaba todo: los gustos, las costumbres. No podían entenderse. La joven no podía tomar sus comidas ni ayudarles en sus tareas, ni aceptar sus hábitos. Era preciso cuidarla, servirle la comida en una mesa con cubiertos y vasos y todo a ella y a Alberto; eran como si fuesen superiores, sin tener más que hacer que mandar y pasearse.

Siempre, a la vuelta de su paseo, la madre de Alberto los esperaba en la puerta; besaba a Solange, llamándole cariñosamente "Hija mía", y parecía escuchar embelesada que la joven le dijera "Madrecita".

Una de las cosas que más sacaba de tino a la anciana eran los cuidados de la joven en su tocador y el olor a perfumes que no podía soportar.

—Yo jamás he usado más que jabón y agua, y eso no todos los días —pensaba—; pero yo he sido una mujer honrada que apenas he engañado tres o cuatro veces a mi Marcelo, y esta, diga mi hijo lo que quiera, tiene que haber sido una cocota... ¿Qué tendrá una muñeca así para gustarle a los hombres? Nada más que todos esos artificios y esas gazmoñerías, no hay mujer de verdad.

En ocasiones dudaba de los millones de Solange, que se vestía tan modestamente. ¿Serían invención de Alberto para que no pusiera obstáculos a su boda? Con una habilidad cazurra procuraba enterarse.

—¡Qué bonitos pendientes! ¿De qué son?—le decía a Solange.

—Perlas...

—¿Las perlas no son piedras?

—No señora.

—¿Y cómo valen tanto?

—Se sacan del fondo del mar.

—¿Valdrán mucho esas?

—Poco. Unos diez mil francos.

—¡Y te parece poco! ¿Las tienes mejores?

—Sí. ¡Ya lo creo!

—¿Cuántas tienes?

—Muchas... Mi collar vale 300.000 francos.

—¡Qué barbaridad! ¿Te guaseas?

—No.

—¿Y dónde las tienes?

—En la caja del Banco.

—¿No te da miedo de que se pierda?

—No se puede perder.

—Pero dicen que las perlas se mueren... y allí solas... siendo tan bonitas... Porque serán bonitas...

—Lindas, tienen un oriente, unos reflejos de luz, toman todos los colores, en su blancura.

—¿Por qué no te las pones?

—No es cosa de haberlas traído aquí.

—¿Y no tienes más que perlas?

—Tengo brillantes, rubíes, turquesas... de todo.

Sentía despertarse sus recuerdos, su afición a las joyas, y empezaba a describírselas a la vieja, con su inventario en la mano. La mujer la oía como quien escucha el cuento de un tesoro escondido o de una aventura de hadas. La hallaba entonces linda y admiraba a su hijo que había sabido enamorarla, pero sentía miedo de que se pudiese arrepentir y solía recomendar.

—Es necesario apresurar vuestro casamiento.

—Ya falta poco.

VI

Solange, a pesar de todo, se empeñaba en ser feliz. Había empezado a sentir esa embriaguez de triunfo que hay para toda mujer en el matrimonio, la prueba suprema de amor y de consideración que puede recibir de un hombre.

El casamiento parecía librar de esa especie de fracaso que existe en la soltería y dar una categoría social de mayor arraigo. Hasta le parecía que no podía conocer bien las dulzuras del amor sin el hogar legítimo, donde pudiese abrir todas las válvulas de su alma sin miedo a la traición, en la confianza de un cariño y una existencia sin azares.

El punto negro era aquella suegra falsa, cuya avaricia ella sentía. Había acabado por comprender que la madre de Alberto no le tenía cariño, que codiciaba su dinero.

El descubrimiento la sorprendió dolorosamente, pero aferrada a su fantasía, no hacía solidario de nada a su amante.

—¿Qué culpa tiene él?

Se miraban los dos mujeres como dos adversarios.

—Cuando se casen, todas esas joyas y esa fortuna serán nuestras—pensaba la vieja—. Entonces ya seré yo quien mande.

—En cuanto me case, yo seré la dueña y echaré a esta mujer de mi casa—se decía Solange.

Sin embargo, la disgustaba tanto verla que en algunos momentos se preguntaba involuntariamente: "¿Me deberé casar?"

Aquel pensamiento le hacía revolverse disgustada consigo misma, fiel al papel que su fantasía había aceptado, y para disculparse ante ella misma alegaba.

—Es que tengo supersticiones... Temo que Alberto me quiera menos después de casado... ¡He visto a tantos maridos engañar a sus esposas, que quizá no tenían más defecto que el de ser suyas!...

Era un orden de ideas prematuro, en el cual empezaba a apagarse ya el fervor de su idilio y que le debía a

la influencia nefasta de la suegra.

Muchas veces, al describirle una de sus joyas, Solange recordaba el momento en que se la habían regalado, la embriaguez de sus triunfos, de las cenas alegres, de los amores locos y de la apoteosis de belleza.

Lo que sostenía aún el encanto eran los proyectos.

La entretenía aquel proyecto de comprar terreno en Bayona para hacerse un hotel. Vivir allí sin la suegra sería una delicia.

Había sido difícil elegir el sitio.

—Aquí está demasiado lejos y de noche tendría miedo — había dicho ante unos solares.

—Este no tendría agua y es triste una casa sin que el agua corra, cante y se desborde del baño y del jardín.

—A este lugar no llega la luz eléctrica.

—No se ve bastante el mar.

—Pueden construír delante y quitarnos la vista.

Todos aquellos paseos para la elección del solar ideal habían sido deliciosos. Marchaba apoyada en el brazo de Alberto, siguiendo los caminos de la costa para ver la extensión maravillosa del Cantábrico, en aquella ribera encantada, parte española y parte francesa.

Seguían los paseos por los senderos de los parques floridos, deteniéndose a aspirar el perfume de las mimosas; entraban en los bosques, siempre misteriosos de pinares, árbol de la salud, pero como si los hubiesen sacado de un bote de farmacia, con sus ramajes espartosos, rematados en aquel cabo, de donde colgaban su nido los pájaros.

Mientras paseaban discutían cómo había de ser el hotelito, las comodidades que debía tener, dando la primacía a la alcoba magnífica, unida al tocador y al baño.

Sobre todo que no faltasen las terrazas, las terrazas sobre el mar. Solange, en aquella encarnación, adoraba más que nunca el paisaje del mar y el paisaje del cielo. Los miraban como si fuese un anticipo de lo que verían desde sus ventanas, con los aspectos variables que les presentaban.

—Mira—decía Solange un día—. Hoy el mar es de moaré. La gran llanura verde está llena de puntitos blancos bordados en su superficie.

—¡Qué magnífico acorde en gris! —notaba otra tarde—. Está gris el mar, gris acero a medio enfriar, gris de anatita brillante. No hay olas, no hay espumas, la arena alisada, planchada, es gris también, con un gris mezclado de sepia. Las rocas son gris violeta y el cielo gris cristal empañado, donde las nubes tienen todas un gris de bronce.

—La liturgia del mar es hoy de rito amarillo—decía otra vez—, porque el mar tiene su liturgia como la iglesia y viste de rito morado o azul... hoy es de amarillo maduro. Amarillo de los galones de oro viejo.

Se entregaba así, con la sensibilidad despierta, agudizada, al encanto de la naturaleza, que avivaba su pasión de hembra.

Se sentaban sobre los troncos serrados de los eucaliptos, y se entretenían en hacer planes y cuentas. Se diría que la joven jugaba a construír casitas, como las niñas que se escapan al jardín a jugar con barro sin que las vean las ayas, después de la lluvia. Pero de pronto se interrumpía para abrazarse a su amante, inundándolo de caricias locas.

Cada día había una nueva cosa que añadir al hotelito.

—Aquí haremos más grande la ventana para ver el cielo y el mar desde la cama—decía él.

—Yo plantaré muchos jazmines del Mediodía y mucha madreselva para que suba y se enlace a nuestras ventanas. Verás que alegría será dormir con ellas abiertas en primavera.

—¿No tendrás miedo?

—No; porque tú dormirás al lado mío, muy abrazaditos.

A veces, en medio de sus paseos, aquel cielo mimado por la naturaleza se enfurruñaba con volubilidad de niño caprichoso, y de la manera más inesperada rompía en llanto sobre la tierra, causándoles un pánico terrible. El la llevaba, la sostenía, corrían a esconderse al amparo de una tapia o de un cobertizo, hasta que después de pocos minutos, pasada la momentánea rabieta, el cielo volvía a sonreír en la gloria de su sol.

Se respiraban entonces mejor los perfumes, era más exaltado todo, y de las ramas lavadas de los árboles pendían, brillantes, lágrimas que temblaban entre sus hojas como las cuentas prismáticas de las arañas de cristal, llenas de luz.

Volvía la calma. Volvía a tomar el mar un aspecto tranquilo, como si lo serenase el óleo del agua del cielo, que menos pesante se quedase en la superficie de la inmensa lamparilla.

Con la entrada del otoño el campo tomaba un matiz nuevo. Se diría que avisados los árboles y plantas de la proximidad del frío, querían prevenirse contra él. Los primeros dejaban caer sus hojas, como si libres de ellas se quedasen acorazados para defenderse; las segundas parecían hundirse más en la tierra, hincar más la raíz, buscando el calor de su seno.

Los aldeanos andaban atareados todo el día, y Solange presenciaba con cierto encanto aquellos preparativos para el invierno de la casa de labranza.

Una mañana Solange le dijo a Alberto.

—Hoy es la fiesta del pueblo.

—Sí...

—Pues yo deseo ir a ella.

—¿Para qué?

—No quiero ser una extraña a la vida y las costumbres del lugar donde vamos a vivir... donde tú has nacido.

—Sí; pero nuestra situación es otra que la de los aldeanos.

—No; puesto que nuestra madre conserva sus mismas costumbres.

—Solange, creo que no debía haberte traído aquí nunca.

—¿Por qué?

—Vas a acabar por aburrirte de nuestra humildad.

—No lo creas. Cada vez me gana más este ambiente, quizá porque te adore más.

Se echó en brazos de su amante cubriéndolo de besos.

—Voy a ir a la fiesta. Me vestiré para estar hermosa y hacerte honor.

Se encerró en su cuarto, revolvió en los baúles aun cerrados que habían ido de París y ella sola, sin necesidad de doncella ni ayuda, se vistió y se engalanó.

Cuando entraron a buscarla las dos mujeres y Alberto, no pudieron contener un grito de sorpresa, de admiración. Estaba deslumbrante con la diadema de zafiros sujetando la cabellera de oro; envuelta en gasas azules, cubierta de joyas, que realzaban su belleza rubia y luminosa.

—Parece una estampa—exclamó la cuñada.

—Está más hermosa que la Virgen de la iglesia—añadió la madre.

Ella se gozaba en la sorpresa de las dos mujeres y en la mucha admiración de Alberto, que volvía a encontrar a la Solange fastuosa que lo alucinó con su lujo y su hermosura.

Pero la sonrisa de Solange era triste. Estaba acostumbrada a hacer su toilette para deslumbrar al público más elegante de Europa, que esperaba ver sus caprichos para orientarse en la moda. Ahora, aquellas tres personas y unos cuantos sencillos aldeanos reunidos en la plaza del pueblo serían los únicos que la iban a admirar. Quiso apartar de su imaginación aquella idea. Tomó el brazo de Alberto, lo oprimió contra su pecho y le dijo con aturdimiento:

—Vamos, vamos a bailar nosotros también.

Pero las dos mujeres no se movían de la puerta.

La vieja advirtió.

—No salgas así. Está ahí mi hijo Francisco... Acaba de vestirte.

—¡Es verdad!

Los dos amantes se miraron. No se habían dado cuenta de que Solange no podía mostrarse así delante de aquella gente siendo la novia de Alberto. El ser la novia de Alberto la empequeñecía, le quitaba el derecho a las genialidades de gran señora que hubiera podido tener.

El vestido sin mangas, abierto bajo los brazos, con su gran descote y su cola de serpiente hubiera producido un escándalo.

Ella supo disimular.

—Quería que ustedes me vieran al estilo de París.

Las dos mujeres nada dijeron, pero se miraron la una a la otra asustadas de que en París salieran así las mujeres, y Alberto se lo consintiese a la suya.

Solange desgarró las gasas para quitarse más deprisa su traje y ponerse un sencillo vestido de sastre. De buena gana hubiera renunciado a la fiesta, pero temiendo el disgusto de su amante guardó silencio y subió resignada con toda la familia a la tartanilla que los condujo al pueblo.

Conoció que la esperaban con curiosidad por la espectación que producía su llegada.

Se debía hablar mucho por allí de la aventura de la dama millonaria, que se retiraba del mundo para casarse con Alberto.

Solange estaba descontenta. Notaba las miradas curiosas, hostiles de toda aquella gente en la que su belleza rubia, tan delicada, tan de muñeca de cera, y su tocado sencillo, sobrio, casi austero, no llamaba la atención.

Ella encontraba hermosas a todas las mozas, con los pintorescos trajes llenos de filili y de oropeles. Las bellezas morenas de grandes ojazos, labios de grana y mejillas aterciopeladas, daban una sensación de fruta fresca, madura, jugosa y dulce. Hermosos fresones que estaban pidiendo ser comidos.

Notaba Solange el encanto voluptuoso que se escapaba de su recato. Miraba a Alberto inquieta. Indudablemente le debían gustar aquellas mozas. Tal vez tenía alguna historia de amores con alguna.

Sentía una mortificación en su amor propio. Era como la reina abdicada que ya no podía recobrar su cetro. Una rabia celosa se apoderaba de ella; por primera vez tenía la amarga sensación de la mujer que, después de entregarse al amado, se ve inerme para dominarlo con el arma poderosa del deseo de lo desconocido. Sin tener que ofrecerle ya nada más.

Y le disgustaba que no la mirasen aquellos mozos. Eran todos guapos, todos morenos, con cuerpos esbeltos y ojos de endrina. Alberto perdía allí la originalidad que tenía en París. Era uno de tantos, y no el más guapo ciertamente. A los otros los favorecía más su traje.

—Que mal le debe sentar el frac —pensó Solange—. No lo he visto jamás en un salón. Debe tener aire de camarero. Eso si que me pondrá en ridículo.

Al fin, lo pintoresco del espectáculo ganó su atención. Era cada baile una especie de pantomima, en la que los dos bailadores atraían sólo la atención con sus vueltas, sus *trenzados* sobre la punta de los pies y sus saltos rítmicos.

Estaba gallarda la muchacha enarcando el brazo, que pasaba delante de su rostro con expresión de desdén, sobre su cabeza. Tomaba la línea de un ánfora. Era la pantomima en que él suplicaba y ella huía, se le escapaba, se le escabullía inclinando el

airoso busto, provocándolo con el gesto gracioso y el desdén de estirar al aire el piececito coquetón.

Cuando comenzaban a cantar, el mozo solicitaba, se atrevía. La muchacha le volvía la espalda, corría a su alrededor, le burlaba. Al fin, en el último compás, parecía rendida, moviendo la cabeza en un espasmo de placer, para quedar inclinada, casi arrodillada y recostada en él, que la cogía de la mano, alzando el brazo y la cabeza en una actitud orgullosa y vencedora.

Estaba el mozo guapo así. Eran ligeros, esbeltos, más bellos que Alberto, con sus trajes ceñidos. Cansados, sudorosos, rojos, con la mirada de fiebre, erguíanse gallardos, en mangas de camisa.

Le hubiera gustado ser amada brutalmente por un salvaje de aquellos.

Varias muchachas y varios mozos vinieron a traerle niquiñaque del que se vendía en las mesillas colocadas por los pequeños industriales del pueblo alrededor del baile.

Algunos mozos se quedaban embobados mirando de cerca su tez de ópalo rosa, sus ojos celestes y sus cabellos bruñidos como hilos de oro, en el rubio ardiente y extraño que les daba más luz que color.

Con qué gusto se hubiera cogido del brazo de uno de ellos para hacerle sentir la superioridad de su sabiduría sobre aquellas mujeres. El idilio campestre tenía que ser así, no adulterado, de *segunda mano*, como lo había encontrado ella.

Cuando se retiraron todos cansados y satisfechos, Alberto le preguntó:

—¿Lo has pasado bien?

—Sí.

—¿Estás contenta?

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Te encuentro poco expansiva.

—Imaginaciones tuyas. Bien podrás estar seguro de mi cariño cuando sabes todo lo que he dejado por ti, para venir a encerrarme en este pueblo.

Esperaba que una frase hiciese desvanecer la nube de su espíritu, pero con una petulancia que no había visto en él jamás, Alberto repuso:

—Yo también te he sacrificado todos mis sueños de arte, mi porvenir, mi gloria.

Lo miró con un desprecio que él no supo comprender. Temblaba de indignación al pensar que el pobre violinista de "cine" se creyese un gran artista sacrificado, que no tenía el deber de agradecerle el haber descendido hasta su altura.

Aquellas palabras le daban pie.

—Es que yo no acepto eso. Tú seguirás tus estudios, tus trabajos, tu arte.

—Me basta con tenerte a ti.

—Lo creo... pero a mí no.

Vibraba un ligero eco de burla en su acento; pero ella lo borró suavemente, diciéndole con zalamería.

—Te lo confieso... Yo necesito que seas un gran artista... Nos iremos a París y regresaremos cuando nuestro hotel esté hecho.

El se dejó prender en el deseo de irse de allí. De conciliar su vida libre con el amor de Solange.

—Haremos lo que quieras.

—¡Qué bueno eres!

Por la ventana abierta en la noche serena y blanda entraba algo suave, dulce, de perfumes y de rumores apagados, como una caricia. A lo lejos se escuchaba un cantar varonil. Solange se arrojó al cuello de su amante con los ojos cerrados, entregándose al encanto de la voz del mozo lejano que debía ser el ágil y gallardo bailador de aquella tarde.

VII

El escándalo de las damas que habían patrocinado los amores de Solange para que consiguiera el divorcio había sido enorme. Apenas llegada a París, Solange había puesto fin al idilio con Alberto para contratarse en una casa de películas. Iba a explotar su belleza y su condición de esposa divorciada del gran hombre para dar libre curso a sus fantasías.

Pero lo que más las molestaba era la sumisión de Alberto. El joven no se atrevía a oponerse a la voluntad de Solange. En el fondo era su *sostenido*, su *entretenido*, estaba acostumbrado a obedecerla.

Solange no era responsable de la reacción que se operaba en su naturaleza, donde toda crasiología tenía su fracaso. En su espíritu ansioso, inestable, versátil, todas las sensaciones dominaban con la misma rapidez con que se desvanecían. Era la primera engañada, porque había creído de buena fe en la verdad de sus sentimientos y en su eternidad.

Su memoria afectiva escasa, le hacía olvidar por igual, como si no los hubiese conocido, amigos y amantes. Igual que un bello animalillo sensitivo, se dejaba guiar por el instinto para no hacer más que lo que apetecía; presa de la ansiedad que la llevaba de una cosa a otra con su volubilidad de siempre.

El pesar de Alberto la apenaba.

—No quiero verte triste — le decía—; yo no te abandonaré si eres buenecito, te quiero mucho y si eres razonable me tendrás con frecuencia a tu lado.

Alberto lo aceptó todo; hasta admiraba la hermosa independencia con que Solange sabía igualarse a los hombres para satisfacer sus caprichos. En el fondo estaba dominado por la ruindad de raza y sentía el deseo de no perder la vida muelle que debía a Solange. Ella era feliz con que su gran amor no acabase en tragedia. Amaba la placidez y los desenlaces armónicos.

Llegó a hacer de Alberto su confidente.

—Verás qué feliz voy a ser. Haré papeles de reina... tendré que montar a caballo... subir en aeroplano... viajar en yacht... y luego... ¡Ya comprenderás! Verse una misma en el escenario. Quedar así perpetuada para siempre. Saber que nos aplauden y deliran por nosotros cien públicos a la vez. El empresario me halla bonita... Tal vez tenga que ponerme morena. Entonces no tendría rival en el *ecrin*... Te aseguro que eclipso a la Pifort.

Había caído de nuevo en el vértigo de modistas y proveedores de todas clases que ocupaban sus horas.

Se entusiasmaba palmoteando ante cada nueva toilette especial. Confiaba el triunfo de su arte a sus vestidos, a su presentación, a su hermosura, pensando que eso lo era todo. El viaje por España y por Italia, que se le aparecían como países fantásticos, la apasionaba.

—Quiero divertirme mucho — le confesaba—. Para gozar bien un país hay que no fijarse sólo en sus paisajes, sino comer sus platos nacionales, beber sus vinos y gustar sus amores clásicos.

Quería ser amada en Italia por uno de aquellos elegantes padres de sotanas de seda con adornos morados, oliendo a incienso; en Suiza, por un alpinista vegetariano, a la luz de la luna, en un paisaje de montañas; en Berlín, por un estudiante en una habitación humilde, y en España, por uno de esos tipos de sombrero ancho, chaquetilla corta, que no entienden de discreteos ni de cartitas perfumadas. Su fantasía insaciable

corría desbocada por el ancho campo que el viaje y la escena ponían ante su paso.

La satisfacía aquella amistad con Alberto, en la que conciliaba su ansia de placeres con la especie de seguro que deseaba tener conservando un amor sincero; pero no le guardaba por eso consideración ninguna. Estaba en un verdadero período de locura, buscando constantemente algo que agitase sus nervios.

El más extraño de sus caprichos fué el que le inspiró un italiano gordo y alto como un gigante, que era su compañero de *films*. Traía la aureola de haber matado por celos a su mujer. Había sido saltimbanqui y le hablaba siempre de la embriaguez del Circo, en esa especie de convivencia que establece entre el artista y el público.

—Los de teatro no son artistas—le decía—. Ellos no hacen más que repetir las frases del autor y seguir sus indicaciones. "Aquí se sienta usted." "Aquí se levanta." "Ahora llora." "Ahora ríe." "Buenas tardes, condesa." Es abominable; nosotros creamos nuestro arte.

Le contaba cómo era su número. Un número aplaudido en toda Europa, que consistía en meterlo amarrado en un baúl y desatarse él solo, sin ayuda de nadie. ¿Y las fieras?

—Si usted me viera con el látigo en la mano y las botas de montar, dentro de la jaula del león.

Ella se reía al principio, pero aquel bárbaro acabó por seducirla con sus gritos, sus destemplanzas, sus groserías y su salvajismo.

La trataba en amo y la golpeó brutalmente en un acceso de celos.

Aquello acabó de dominar a Solange. Le gustaba ser amada con energía, con pasión, verse en peligro por el amor que inspiraba. Creía que aquel iba a ser el amor que fijaría su vida, el que la aprisionaría, el que no la dejaría escapar, acabando así de una vez con todas las inquietudes.

—Yo tengo dinero para montar tu número y que compremos un león—dijo.

—¿Serías capaz?

—Sí, a condición de ser tu esposa y de aparecer contigo en el Circo.

El gigantón dudó un momento, pero sus celos eran bastante acomodaticios y hacía ya tiempo que había empeñado el último pantalón.

—Sea... pero si me engañas, te mataré.

Aquella promesa hacía la felicidad de Solange.

EPILOGO

Después de unos meses sin nuevas de la joven, durante los cuales Alberto había acabado por unirse al coro de sus detractoras, llegó la estupenda noticia.

Solange se había casado en Milán, con velo blanco y flores de azahar, a pesar de su condición de divorciada. Venía en *El Sport Mundial* el retrato de los esposos recibiendo, nada menos que de manos de un obispo, la bendición nupcial. En el próximo invierno podrían ver a Solange con el gigantón, en el Circo Medrano, dentro de la jaula del león. La joven debía estar encantada de los elogios que hacían los periódicos de su valor y su belleza. Tal vez había encontrado el medio de llegar a la celebridad tan deseada, por aquel camino.

Carmen de Burgos «Colombine»

Imp. de Alrededor del Mundo, Martín de los Heros, 65.

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes con escala en New-York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma, Puerto Rico y Habana. Salida de Colón el 12 para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábrico a New-York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

ALMORRANAS internas o externas, grietas, etc. Curación radical infalible con

POMADA ANEMA-SMI ¡Ultimo adelanto de la ciencia médica! ¡Millares de curaciones! Basta un solo tubo. No lo dude usted, 5 pesetas caja. Centros de Específicos. Farmacias. MADRID, Gayoso; E. Durán. BARCELONA, Segalá; Alsina. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. MURCIA, Seiquer. GRANADA, Ocaña. VIGO, Carrascal. BILBAO, Barandiarán. MALLORCA, "Centro Farmacéutico". HABANA, Sarrá. BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. MANAGUA, Guerrero. CARACAS, Daboín. MANILA, Gaspar, Calle Mendoza, 150, PUERTO RICO, José Combas Peyork. Para convencimientos éxitos remite muestra gratis. Pousarxer, Apartado 481, Barcelona. Remítese caja certificada contra pesetas 5,50.

PECHOS Desarrollo, belleza y embellecimiento en dos meses, con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun.

¡32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso; Valencia, Cuesta; Zaragoza, Jordán; Murcia, Seiquer; Habana, Sarrá; Caracas, Daboin; Managua, Guerrero; Barranquilla, Acosta-Madiedo; Puerto Rico, Combas Peyork.—Mandando 6'50 ptas. sellos a Pousarxer, Viladomat, 104, Apartado 481, Barcelona, remítese reservadamente certificado.

DESCONFIAD DE IMITACIONES

SOMBREROS

REFORMO

LIMPIO TIÑO

Valverde, 3.

ESTÓMAGO ENFERMOS

Desahuciados de los médicos, sometidos sin resultado a innumerables tratamientos, no dejéis de probar, aun sólo por vía de ensayo, los **POLVOS DEL DR. JULIUS MERC** Os curaréis radicalmente. Recétanlo eminencias médicas. ¡¡Millares de curaciones!! Seis pesetas frasco, MADRID, Gayoso; BARCELONA, Segalá, Viuda Alsina; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; MURCIA, Seiquer; MALLORCA, Centro Farmacéutico. Principales farmacias y Centros de Específicos de España y Américas. Para convencimiento éxito remite muestra gratis, Pousarxer, Apartado 481, Barcelona. Frasco certificado, siete pesetas.

LOS CONTEMPORÁNEOS

Los precios de suscripción a esta Revista, para España y América: 10 ptas. año y 5 ptas. semestre. Para los demás países de Europa, 15,60 ptas. año.

NEUTRÁCIDO
ESPAÑOL

CURARÁ INTEGRALMENTE
su enfermedad de
ESTOMAGO HIGADO O INTESTINOS

DOCTORES españoles y alemanes, especialistas, han recomendado con vivísimo interés a los más notables Profesores de la Facultad de Berlín el uso y estudio clínico del *Neutrácido Español.*

OBTUVO del Eminente Jurado Médico, de la Exposición de Higiene de 1919 en Madrid, Gran premio *Medalla de Oro.*

OBRARÁ usted acertadamente iniciando hoy mismo su tratamiento con este sin igual remedio que vencerá rápidamente su padecimiento digestivo, por grave o antiguo que sea.

Frasco: 6 pesetas.

Solicite usted del concesionario exclusivo: **D. José Marín Galán, Arjona, 4, Sevilla,** un notable y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente, y si no halla usted en su localidad este específico le enviará un frasco, certificado, por 6,50 ptas.